ORACION FUNEBRE QUE EN LAS EXEQUIAS DEL GRAN MARISCAL D. JOSE DE LA-MAR, HECHAS CON MOTIVO DE LA TRASLACION DE SUS RESTOS DE COSTA-RICA AL PERU, PRONUNCIÓ EN 4 DE MARZO DE 1847 EN LA IGLESIA CATEDRAL DE LIMA EL D. D. PEDRO JOSE TORDOYA.

Ego suscitavi eum ad justitiam, et omnes vias ejus dirigam: ipse edificabit civitatem meam, et captivitatem meam dimittet.

Yo le levanté para la justicia, y dirigiré sus pasos: él edificará mi pueblo y dará libertad á mis cautivos.

Señor escelentísimo,

Al alzar mi voz en tan triste dia, cuando la patria consternada vierte una lágrima de dolor, lanza un suspiro, al fijar mis ojos en esa urna venerable circuida de negro crespon, de aparatos lúgubres — melancólicos emblemas de la muerte: al derramar una mirada sobre esta multitud de inclitos peruanos, que se apiña bajo las bóvedas de este templo para ofrecer sus homenajes al Eterno en recuerdo de su héroe; un objeto grande, magnífico absorbe todas las facultades de mi inteligencia, se apodera de todos los sentimientos del corazon: — es el Perú en las diversas faces que nos ofrece su historia, ya arrastrando pesadas cadenas, y luchando largo tiempo por quebrantarlas: ya recogiendo laureles en la contienda mas justa que el mundo vió nunca, y recobrando en una hora de combate la libertad que habia perdido tres siglos: ya en fin declarado una vez *pueblo soberano, independiente;* y todo esto bajo la sombra de ese Dios que dirige desde lo alto de su trono los acontecimientos de la humanidad. De ese Dios, árbitro del universo, en cuyas manos estan los destinos del hombre, que da el ser ó aniquila, enaltece ó abate las naciones, segun saben corresponder ó no al augusto fin que se propuso al darlas existencia y vida. De ese Dios, que si recorremos la inmensa cadena de los siglos, si nos colocamos en la altura de la historia, veremos su política profunda y desconocida, que suscita á Alejandro para derribar el trabajo colosal de Ciro; á los romanos para destruir el de Alejandro; á los bárbaros contra los romanos; y que si ha querido mas de una

vez herir los delitos de su pueblo, ha sabido tambien abatir el orgullo de mil pueblos que le combatian.

Ese Dios, señores, que sacaba de los bosques del Egipto un Moises, de los prados de Bethlehem un David, y un rey gentil de las regiones distantes de la Persia para libertar á su pueblo; vé al Perú, es el objeto de su amor; y si por un arcano inescrutable de su sabiduría fue conveniente que una flota castellana abordase á nuestras playas y que desoyendo la religion de Jesús, que condena la crueldad y la injusticia, trocára su mision de paz en agresion de sangre; si fue indispensable que los Incas sufrieran en retorno de su hospitalidad y benevolencia la opresion y la muerte; y que el Perú, perdida su independencia, llevára en su frente humillada el signo de esclavitud; Dios á su vez despues de reportarle los bienes del cristianismo, resuelve romper su yugo, y tornarle á los dias de su libertad. Con ese ojo que abarca con una simple mirada millares de mundos luminosos, lanzados en distancias incalculables; que vé presentes la fuente de que nace el rio del tiempo, su curso rápido y su desaparicion en las profundidades de la eternidad; contempla nuestra suerte, y usando de las mismas palabras con que consolaba á su pueblo cautivo en Babilonia, dice á los peruanos señalándoles á su libertador: *Yo le levanté para la justicia y dirigiré sus pasos: él edificará mi pueblo y dará libertad á mis cautivos.*

El gran mariscal Don José de La-Mar es, entre otros, el encargado de esta augusta mision. Y ¿dó el escogido del Señor? ¡Apenas nos ha quedado un nombre, un poco de polvo, una historia!..... Ese nombre, rodeado de brillante auréola, se agranda, se ensancha de dia en dia, y se deja oir con respeto en ambos mundos. Ese polvo, esas caras cenizas, ahí las teneis sin movimiento y sin vida. Esa historia..... ¡Ah! ¡Vosotros la sabeis! Está escrita en vuestros corazones. A mí apenas me toca recordarla. Oidla, señores, y observad que de ella saltan dos grandes verdades — Dios destinó al general La-Mar para libertador y padre del Perú, *Ego suscitavi eum ad justitiam, et omnes vias ejus dirigam.* — El general La-Mar llenó cumplidamente esta doble mision. *Ipse edificabit civitatem meam, et captivitatem meam dimittet.*

Hé aquí mi difícil tarea: difícil, porque abraza hechos importantes, heroicos; pero delicados y profundos, donde es fácil tocar sombras por realidades, semejante al viajero que al subir los Andes vé humilladas bajo sus plantas diversas al-

turas que las creia supremas. Seré justo, señores: referiré los hechos tales como los he recogido de la tradicion contemporánea. No abusaré hoy de la divina palabra, así como tengo conciencia de que jamás he abusado.

I

Entre los grandes sucesos que ha visto el Perú en los dias de su independencia, que pueden hacer memorable la época de un gobierno, y que enriquecen los anales de un pueblo, es sin duda esta pompa fúnebre, un acontecimiento grande para la patria que hará muy gloriosa la administracion actual, y cuyo recuerdo será siempre una de las mas brillantes páginas de la historia peruana. ¿Me pedís la razon, señores? Es porque hoy la nacion cumple grandes deberes, de amor, de gratitud, de justicia hácia el hombre que Dios le destinára para su libertador y su padre. — Al avanzar esta idea no he pensado jamás eclipsar el brillo de tantos héroes que nos han dado libertad y patria; de ese genio americano, que atraviesa las generaciones con otros tantos nombres entre corrientes de luz. Sin colocar á nuestro héroe en una altura escepcional, vosotros no podreis dejar de reconocerle bajo los puntos de vista dó le colocan mis proposiciones.

El siglo diez y ocho, ciertamente, daba su último paso para hundirse en un cáos insondable, y el Pérú arrastraba todavía sus duras cadenas. Débiles tentativas, semejantes á los vanos esfuerzos con que el aquilon combate la robusta encina, no habian podido doblegar siquiera ese poder colosal, esa fuerza gigantesca — la dominacion Ibera. Empero, el Eterno habia señalado el fin de nuestro coloniage: el dia de emancipacion se acerca ya; y á la manera con que sale de entre las sombras un rayo de luz, que las disipa y baña el horizonte de fulgor; así el grande La-Mar nace de entre las oscuridades de un pueblo cautivo para iluminarle con los resplandores de la libertad. Cuenca, una de las ciudades mas entusiastas por la independencia, tiene el honor de ser su patria. Ella produce un genio: miradle en la cuna: apenas vereis un infante; pero un infante á quien señala con su dedo ese Dios único dueño de los secretos del porvenir.

¿Y ocuparémos algunos momentos en indagar la sangre que

comienza á correr por sus venas? ¿Subirémos hasta sus mas remotos antepasados para enlazar la cadena por donde le ha venido esa chispa eléctrica de vida que atravesando los siglos salió de la boca de Dios (1)? ¿Dirémos algo de su ilustre familia, de su noble cuna? ¡Ah! Era noble, señores. Pero hoy que levanto la voz ante un pueblo que ha proclamado la igualdad ante la ley, y fijado los derechos del ciudadano; hoy que en el Perú se ha colocado la virtud en el trono que por tantos títulos le pertenece; porque mi siglo no reconoce mayor nobleza que la que resulta de las grandes, de las buenas acciones, es preciso deciros que el ínclito La-Mar era vástago de una estirpe distinguida. En sus progenitores brillaron las virtudes, y era necesario que un hombre, á quien Dios destinára para grandes cosas, recibiera el ser de padres virtuosos.

¿Y permanecerá largo tiempo bajo la sombra de esos ángeles tutelares que dia y noche velan sobre su cara existencia? ¿Verá siquiera despuntar la aurora de su juventud saboreando la dicha de su paternal regazo? No: las márgenes del Guayas (2) son un recinto muy pequeño para esa jóven alma que ya comienza á sentir sus propias fuerzas, y que busca un horizonte mas vasto á sus ideas. Dios le arranca de la tierra de sus padres, y ¿á dónde vá? A España, señores: á la metrópoli de que era colono: á esa nacion rica entonces de talentos, de patriotismo, de virtudes: ufana con mil triunfos adquiridos en las costas de la Africa, sobre las llanuras de Granada, en las regiones de la Asia, en el corazon de la Europa: orgullosa y pujante con el oro que le envia un mundo nuevo, descubierto por Colon, conquistado por Hernan-Cortés y Pizarro; y aguerrida en una lucha sostenida largo tiempo contra el Islamismo.

¿Y en qué época le lleva Dios á la Península? En la víspera de un dia en que el horizonte europeo se cubre de negras nubes; cuando comienza á rugir con toda su fuerza la tempestad; cuando á las márgenes del Sena se alza un genio colosal, un hombre, á cuya presencia se bambolean los tronos; grande por su valor, por sus hazañas, por sus miras, por su infortunio, cuyo corazon albergaba una pasion indefinible de

(1) *Crescite et multiplicamini*, etc. Génesis, cap. I.

(2) Guayaquil fue la patria de los padres y familia de La-Mar. Este si nació en Cuenca fue por incidente, mas vivió en Guayaquil hasta que se embarcó para España.

gloria, y cuya frente abarcaba los destinos de la humanidad. Tal era Napoleon.

La-Mar, pues, vé llegar la primavera de sus años en la corte de Castilla : ¿y cuál la carrera á que le llama el cielo? Es la de soldado. El regimiento de Saboya le nombra entre sus tenientes (1). La disciplina militar, la educacion de sus oficiales, que pertenecian á la aristocracia española, el honor y lealtad con que siempre se distinguió ese cuerpo esclarecido, son los primeros hábitos que contrae La-Mar, y que le forman esa índole afable y decorosa que tanto realza el mérito de los militares en el trato de la sociedad.

Meditemos, señores, siquiera unos pocos momentos en la política del cielo : miremos como la mano Omnipotente que dirige la marcha del universo, levanta á un hombre... El hombre aparece, camina, ignora él mismo el término de su partida; pero camina con pasos sosegados, sin vacilar un instante, á llenar el alto destino que Dios ha grabado en su frente. La-Mar que no tuvo infancia; que desde sus mas tiernos años se mostró el hombre de su juventud, como en su juventud el hombre de la edad madura; hace sus primeros ensayos en la lucha de 1794, sostenida entre los pueblos español y frances. Bajo las órdenes del hábil general conde de la Conquista avanza con su regimiento hasta Rosellon, acredita su valor en los peligros, y da las mas relevantes pruebas de serenidad y pericia en el arte de la guerra. El tratado de paz de Basilea pone fin á tan desastrosa contienda, y ya el jóven La-Mar es capitan de Saboya.

El tiempo ha dado un paso. De las Tullerías sale un plan perfectamente combinado. Sus legiones formidables marchan, vuelan, se abalanzan sobre la España tranquila en sus hogares. Las aguas del Manzanares se enrojecen con la sangre de sus pobladores. El trono de Castilla se mina, tiembla, bambolea, ¿se desplomará por ventura? ¿Se resolverá con su caida el gran problema de la esclavitud de la tierra bajo la espada del intrépido frances? No : la hora es llegada y el pueblo español revela á la Europa que Napoleon no es invencible. El jóven La-Mar tiene parte en tanta gloria. Es ya coronel graduado de ese ejército que en sangrientos combates vencerá á los conquistadores del mundo.

(1) El señor Cortasar negoció en la corte de Castilla para su sobrino el jóven La-Mar una tenencia en el regimiento de Saboya

Su destino es defender las murallas de la inmortal Zaragoza. Allí, en esa ciudad sitiada, á las órdenes del ilustre Palafox se le abre un campo vasto de la gloria : ora se le vé desplegar sus talentos militares en la combinacion de la defensa : ora impertérrito recorre con actividad las baterías en medio de las balas que parece respetar su ilustre cabeza. Los puestos mas débiles se fortifican con su presencia : el soldado que desmaya cobra nuevos bríos con los reflejos de su espada : su grande pecho es un muro, es una fortaleza... ¿será invulnerable? Pero al defender un fuerte recibe mortales heridas. ¿Y pensais se intimide esa alma grande con los anuncios de la muerte? ¿Pensais que se abandone al miedo ese ardiente corazon? Sus dictámenes oportunos en los casos dudosos y de peligro, su constancia en soportar con resignacion los males que le aquejan, sus vivas exhortaciones al soldado para morir por la defensa de su patria, os responderán que no.

Una atmósfera viciada, henchiza de pútridas exalaciones acrece sus peligros : en el aire que aspira bebe á largos tragos la muerte, y si un tratado indispensable no rindiera la plaza, el coronel La-Mar habria dejado de existir. Estaba á dos dedos de la tumba ; pero aquel que vela sobre su vida, le lleva á Valencia algun tanto restablecido.

Allí toma servicio con el desafortunado general Black, cuyo ojo penetrante conociendo su mérito, le confia una columna de 4,000 veteranos que lleva el nombre de su nuevo jefe. Y este nombre atraviesa ya con aplauso el horizonte de la Europa : y este nombre adquiere nuevos títulos de gloria, en la sociedad por su educacion esmerada ; en el cuartel por su moral austera ; en el campo de batalla por su valor prudente y arreglado. Seguidle en los combates, y le vereis alcanzando aquí y allí la palma de espléndidas victorias : le vereis recojer el fruto de sus talentos, de su afabilidad, de su conducta... ¿Y siempre orlará su frente con inmarcesibles laureles? ¿Será invencible por siempre? Pero la suerte le abandona : es necesario obedecer al destino, y recojer las profundas lecciones de la adversidad. El esforzado Black es compelido á rendirse al general Suchet : sus valientes oficiales ceden al azar de la fortuna : envainan sus espadas siempre victoriosas : deponen las armas : son prisioneros sin ser vencidos, sin ser vencido es prisionero La-Mar.

El mariscal frances conoce, valoriza las virtudes de este prisionero : le recomienda al general Soult y á las autorida-

des de Dijon, donde se establece el depósito de los rendidos en Valencia; y aquí, señores, una accion brillante acrece la fama del jefe americano. Las murallas de Dijon son los límites de la cárcel para todo prisionero que jure por su honor no salvarlas con la fuga. La-Mar, en Semur, se niega : se reserva la libertad ; y esa alma ingénua como todas las grandes almas, prefiere las mazmorras de un castillo antes que traicionar su conciencia y el honor de su espada.

Tranquilo, allí, en medio de tantas privaciones, imperturbable y sereno se entretiene con las lecciones de la filosofía. Vosotros notareis, señores, esta transicion inesperada. El jóven ardoroso que poco há buscaba con ánsia nuevas glorias, se ocupa hoy en el silencio de su albergue, y con la calma del anciano, en el estudio de las ciencias. ¿Sabeis la razon? Es porque Dios no solo le dispone para dar libertad á su pueblo con la punta de su espada; sino para regir tambien mas tarde sus destinos.

Las lenguas, la psicología, las matemáticas, la política y economía, la literatura antigua y moderna, ramos importantes del saber humano; he aquí lo que cultiva. Los clásicos Platon, Ciceron, Bossuet, Fenelon, Homero, Virgilio y Horacio le son bien conocidos. Un estudio profundo del hombre en su triple relacion, con Dios, consigo mismo, con la sociedad; de las causas que abaten ó elevan los pueblos; del gérmen y progresos de las revoluciones que agitan el mundo, es su ocupacion favorita. Los nombres de Washington, de Franklin, de Jefferson despiertan en su alma el vivo deseo de servir su patria. Pero, ¿cómo satisfacer esta noble aspiracion sin ser ingrato y traidor al trono de Castilla? Dejad, señores, á Dios la solucion de este problema. Vosotros no la sabeis aun. Mañana en regiones distantes disipará las sombras, y os mostrará el feliz desenlace que tiene presente á sus ojos; pero que oculta á los vuestros hasta el dia de mañana en la oscuridad majestuosa de sus consejos.

Esa mañana dichosa está al llegar : el dia presente toca en su hora postrimera. Aprovechemos de los últimos reflejos de una luz moribunda para observar la conducta divina en la conduccion del ilustre prisionero, durante el primer período de su vida. — La amistad, sí, la mano bienhechora de la amistad le salva del castillo. El intrépido fugitivo elude la vigilancia de las autoridades : atraviesa sin inquietud el territorio frances : traspasa sus linderos : la Suiza y la Italia le

conocen y aprecian. Un príncipe residente en Nápoles le abre paso para regresar á la Península. Los generales Eguía, Freire, Abadia y Odonell le presentan al jóven monarca, restituido al sólio de sus mayores, como un oficial modelo. Su valor, su conducta, su fidelidad interesan á Fernando, y es Fernando quien le nombra brigadier, y le confia la inspeccion del Perú.

Un puro, un indefinible regocijo embriaga su alma : un presentimiento grato derrama sobre su mente nuevas ideas con que simpatiza. Él ignora todavía el grandor de su empresa futura; pero el género de vida, de carrera, de pruebas, de prosperidad, de infortunio que le han acompañado, le revelan algun tanto la hermosura de una importante verdad. — Esta verdad la sabeis vosotros, señores. Los hechos de un individuo, confundidos en el torbellino de una gran sociedad, y dispersos como los granos de arena que arrastra el huracan, son para el ojo vulgar hechos sin causa, sin objeto, sin enlace, ni unidad. Para el hombre de ciencia y de fe, son lo que deben ser — la espresion de la inteligencia soberana, que coloca á ese individuo en un punto de espacio y de tiempo; y que le prepara al destino que un dia debe llenar sobre la tierra. Vosotros, hombres de ciencia y de fe, al dar una ojeada sobre el primer cuadro que os he presentado del inmortal La-Mar, os hallais en la feliz necesidad de reconocerle como al hombre elegido y preparado por Dios para libertador y padre del Perú. *Ego suscitavi eum ad justitiam, et omnes vias ejus dirigam...* Si avanzais un paso tras su huella, vereis los sucesos confirmando esta verdad : vereisle, digo, llenar cumplidamente esta doble mision.

II

Yo no sé si pueda darse en solo hombre que albergando un rayo de luz en su entendimiento, una centella de fuego en su corazon, no sienta conmoverse profundamente, al observar la conducta de las armas españolas en los últimos dias que pisaron el Perú. Este pueblo, despues de tres siglos de coloniage, suficientemente ilustrado, con lazos de familia, relaciones de sangre, religion, tradiciones, costumbres, amor patrio, amor de independencia, de las ciencias, de las artes,

de las hazañas y la gloria, es un jóven robusto en la flor de sus años por cuyas venas circulan en abundancia la salud y la vida; cuya mente inundada de luz posee la verdad; cuyo corazon tiene bastante energía para buscar su bien. Los años de la discrecion le han llegado ya: tiene el derecho de ser independiente: la naturaleza misma así lo prescribe: puede por sí solo dirigir sus destinos. — Pero el soldado español, y las autoridades subalternas de la monarquía, trabajan incesantemente para ahogar todo sentimiento de libertad. Olvidando la equidad de las leyes promulgadas en favor de las Américas: contrariando quizá las opiniones de una nacion liberal, persiguen á los peruanos amantes de la independencia; y les encadenan, y les destierran, y les arrebatan sus bienes, y les hunden en lóbregos calabozos, y levantan cadalsos y pretenden todavía esclavizar mas tiempo al Perú. ¿Y es la persecucion y la muerte un nuevo título para la dominacion española? ¿Y es la violencia mas inaudita y la crueldad mas bárbara el derecho legítimo é inenajenable que proclaman? Y el Perú subyugado pour la fuerza ¿tiene la obligacion de obedecer á sus tiranos? ¿Y no será un acto solemne de justicia quebrar el yugo de servidumbre? Dios lo dice (1): los sucesos lo comprueban. Él ha escogido un hombre para la justicia; porque justicia y muy grande es dar la libertad á un pueblo oprimido. Dios ha dirigido sus pasos, y lo ha preparado con todas las dotes que constituyen un genio, — juicio, imaginacion, sentimiento, audacia, prevision en proporcion exacta y elevada. Dios le trae al continente que le vió nacer, cuando un grito de independencia se alza desde las márgenes del Plata hasta el golfo de Darien: cuando ese vehículo importante del saber, de la dilatacion de las ideas, de la comunicacion del sentimiento, de la perpetuidad de las luces, y que pone al hombre al alcance de todos los conocimientos de la humanidad — *la Imprenta*, lleva por todas partes las producciones mas interesantes, mas vivas, mas risueñas, mas simpáticas por la libertad.

El reloj, señores, dá la hora señalada por el cielo, y un grande americano viene á proteger los heróicos esfuerzos de todos los peruanos. Es el generalísimo San Martin; y ved aquí el principio de una lucha muy glorioso para nosotros... Y tú noble La-Mar ¿blandirás el acero contra tu patria, ó serás

(1) *Nolite iterum jugo servitutis contineri.* Ad Galat., cap. v.

traidor al monarca que te ha honrado? — Yo os decia poco há, señores, que Dios á su vez, daria la solucion de este problema. Os decia tambien, que vosotros la sabríais al despuntar la mañana de este dia venturoso.

Miradle, pues, sostener las fortalezas del Callao, hasta donde le fue posible sostenerlas: miradle sin recursos en una plaza sitiada y sin esperanzas de conseguirlos: sin aguardar algun socorro del ejército español, que no solo le abandona; sino que ha resuelto no obrar jamás de combinacion con él: miradle aun falto de soldados, y sintiendo por momentos los síntomas de una epidemia horrorosa. ¿Qué hacer en tal conflicto? Él ha sido fiel al soberano hasta donde debió serlo. Las tropas reales le abandonan, le entregan á la prision ó á la muerte: han cesado sus compromisos; y porque jamás la malediciencia pueda indicar una pequeña mancha en su brillante carrera, vuelve sus despachos al virey La-Serna, y escoge la vida privada, ocultando la llama de patriotismo que arde en su pecho... No pienses valeroso soldado quedar oculto largo tiempo en el retiro. El Dios de la libertad te ha escogido para darla al Perú y aleccionarle: ven á llenar este alto destino.

El general San Martin le llama al servicio de su patria. La-Mar es mariscal del Perú; y aquí comienzan los sucesos contemporáneos. Aquí se abre para el héroe un horizonte de gloria, un cielo claro y despejado. Desde este dia, su vida toda ofrece un tejido de hechos heróicos, de grandes virtudes. No se ocupa de otro objeto, que de la libertad de su patria. Él sabe que se cierra toda carrera, que será preciso refugiarse en las selvas, ó subir al cadalso si la causa peruana es perdida: él sin embargo no vacila. El instinto de patriotismo de que fue poseido desde sus mas jóvenes años se desarrolla como la fecunda semilla y nace y crece y produce ojas y flores y frutos.

¿No le veis en la presidencia de la junta gubernativa, que le ha confiado la representacion nacional, desplegar la energía, el valor, la prudencia, la prevision en todas sus medidas á la vez? ?No le veis levantando aquí ligeras columnas para acrecer el ejército libertador; cuidando allí de la buena administracion de los fondos nacionales; dictando hoy providencias oportunas para repeler al tenaz español; proclamando mañana al entusiasta peruano? ¿No le veis al lado de Bolivar abarcar todos los trabajos de una campaña dura y pe-

nosa, hasta arrancar la victoria en las llanuras de Junin?

Una victoria parcial, señores, es ciertamente un suceso feliz para la patria; pero la patria no es completamente feliz mientras que no reconquista su libertad. Hed aquí el ardiente deseo de los guerreros del Perú; hed aquí la aspiracion única del valeroso La-Mar. ¿Podran satisfacerla? — Pero el pendon humillado de Castilla, y sus soberbios generales y sus numerosos batallones y sus lanceros derrotados van de fuga. Son ciervos tímidos que se hunden en las selvas: son mas bien hordas de carnívoros que huyendo de los fuertes, van á devorar todavía la ciudad privilegiada (1). Y ¿qué significan esos gritos de alarma, ese sordo clamoréo de venganza y de muerte que se cruzan entre el ejército español, y que repiten las montañas coronadas del Cuzco? ¿Qué significan esos aprestos de guerra, y ese movimiento rápido con que vuelven al encuentro del enemigo que poco ha les perseguia? Respondan los sucesos. Hablad vosotras márgenes del Pampas y del Apurimac, salpicadas de sangre humana. Levantad la voz glorioso campo de Ayacucho, sepulcro del despotismo, cuna de la libertad.

¡Oh dia por siempre memorable! Tu aurora al nacer ha saludado al ejército libertador. Apenas es una piedrecilla para derribar un coloso: es una pequeña cohorte Macabéa para triunfar de poderosos enemigos. ¿Si el sueño de Nabuco tendrá su realidad, si cantará la victoria el abatido pueblo del señor? ¡O! ¡Si pudiera evocar de la tumba la sombra augusta de Fenelon: si me fuera lícito en este lugar santo pulsar la lira del cantor de Junin: si poseyera una chispa del genio de Bossuet para describir el mas esforzado de los combates, la mas feliz de las victorias!

Nueve de diciembre de 1824 has llegado ya. La noche que te habia precedido, entretenida con acentos marciales, ha parecido muy larga para el ardor del guerrero: el sol se alza como siempre sobre el mundo, y va á ser testigo de la mas interesante escena. — Las columnas de valientes formadas en los llanos de Quínua aguardan con impaciencia la señal del combate; en tanto que las españolas — esa espesa nube de lanzas y bayonetas desciende con pasos majestuosos y ordenados de la alturas del Condorcunca. Gruesos batallones,

(1) La ciudad del Cuzco era privilegiada, porque allí habia un templo magnífico del sol, y porque era la capital del imperio de los Incas.

hileras de á caballo, brigadas de artillería se ven aquí y allí marchando con serenidad al lugar designado... Suena el clarin, y las columnas ligeras del Perú avanzan la línea, arden de corage, se precipitan sobre el enemigo, y el estruendo del cañon retumba en las montañas vecinas. Gritos, polvo, estragos, confusion, sangre y muerte se derraman por el campo de batalla. Dos ejércitos iguales en valor, desiguales en número, se acercan, se estrechan se abalanzan, se cruzan, hacen correr rios de sangre; se hiende la tierra con montones de cadáveres, se encruelece la lid; la saña y el furor lanzan centellas de fuego... ¡Ah mi Dios, quién vencerá! La estrella de España está al eclipsarse... Por el eter inflamado vagan la palma y la oliva: mil valientes las buscan, las persiguen, las disputan con hazañas... El general La-Mar es uno de los primeros que empuñan esa palma del triunfo: él quien ofrece la oliva de paz al Perú (1).

No soy yo quien lo dice, señores: es el feliz mariscal de Ayacucho; es el gran capitan Bolivar (2); es la nacion toda en el segundo congreso constituyente (3) quienes le hacen esta justicia. Y este triple y magnífico testimonio no admite réplica alguna; porque á mas de ser tan grande por sí, se apoya en la palabra eterna de Aquel que señalando á La-Mar, ha dicho: El dará la libertad á mis cautivos, *et captivitatem mean dimittet.*

Rotas las cadenas del Perú, libre é independiente? le falta algo todavía? Sí: está en la cuna: es un niño sin luz ni esperiencia. Una nacion al constituirse es lo que han sido todos los pueblos en su infancia, que necesitan edad, ciencia, virtudes, ejemplos para regular los pasos de su vida social. Un pueblo naciente, como el niño que abre por primera vez el ojo de su inteligencia, son lo que sus conductores quieren que sean. De aquí el deber del hombre á quien Dios ha escogido para dirigir los destinos de un pueblo, darle lecciones de virtud, ejemplos de honor, de humanidad, de patriotismo, de fe y de piedad: ejemplos que le dan el título y todos los derechos de padre.

Al fijar mis ojos bajo este aspecto en el general La-Mar,

(1) La capitulacion de Ayacucho fue obra de La-Mar.
(2) Vease la Gaceta del gobierno, núm. 13, tom. IX.
(3) Vease en el *Telégrafo* de Lima, núm. 117, el discurso que dirigió á La-Mar el presidente del congreso, en que lo título vencedor en Ayacucho.

yo descubro un océano sin fondo, donde se encierran tantas virtudes que apenas podria nombrar. Seré lacónico, señores. El tiempo ha corrido velozmente. Yo siento fatigaros; pero yo tambien estoy doblemente fatigado. Mi débil cabeza se rinde al llevar una tan grande historia, la lengua trépida al referirla ante un concurso ilustrado.

Nombrad, pues, una virtud que no haya sido la suya. Jamás el *yo* se ha deslizado por sus labios, porque él jamás estuvo en su corazon. El era todo para todos, y á toda hora, y en toda circunstancia. Generoso con sus perseguidores, humilde en los elogios, prudente en sus medidas, dulce en su trato, patriota sin ejemplo, y piadoso todos los dias de su vida. No fue tan grande guerrero, tan ejemplar ciudadano, sino porque supo ser un cristiano completo. El cristianismo en él envolvia, dominaba, trasfiguraba todo el hombre. Sí: era el hombre de bien en todo sentido: era el justo en toda la acepcion de la palabra. — Y tantas virtudes, y tantos méritos, y tantos sacrificios por la patria ¿quedaran sin premio? No. Una alma, grande exhala, como la flor, un suave aroma que no puede encerrarse en su cáliz, que embalsama la atmósfera y hechiza los corazones. Los heroísmos de La-Mar tendran su recompensa, y la recompensa dará nuevo realce á sus virtudes.

Chile, la República ilustre de Chile conoce de antemano su mérito, le llama á su ejército, y le solicita como una adquisicion importante. Bolivar, el inmortal Bolivar, le reconoce vencedor en Ayacucho, primer ciudadano, insigne guerrero, y le coloca en la silla suprema en premio de sus eminentes servicios á la patria. Los representantes del pueblo le ponen al frente de sus destinos. El pueblo de Guayaquil lloro su ausencia (1). La opulenta, la magnánima Lima le recibe embriagada de júbilo (2). La ilustre comision del congreso le saluda. El Demóstenes del Perú con palabras de fuego le persuade, le obliga á obedecer la resolucion soberana (3). La nacion toda le aclama y bendice.

(1) Vease en el *Telégrafo*, núm. 115 un art. del Patriota de Guayaquil titulado: *Ausencia del general La-Mar*

(2) En el *Telégrafo* del mártes 21 y juéves 23 de agosto de 1827 se refiere el júbilo de esta capital en la inauguracion de S. E el general La-Mar en la presidencia de la República.

(3) El *Telégrafo* núm. 115 contiene el elocuente discurso que el señor

Tantos honores le imponen nuevos deberes. No dejará de cumplirlos. Él ha dicho, al recibir la banda ante legisladores: « La constitucion y las leyes seran las reguladoras de mi « conducta... yo seré el primero en doblegar la cerviz bajo el « yugo saludable de la ley... » y él jamás ha traicionado su palabra. La Constitucion y las leyes han sido la norma de su política. Presidente del Perú su primer decreto es de amnistía general: sus cuidados únicos atender á las necesidades de la República: sus deseos elevarla á la altura á que es llamada. ¿No le visteis consolar á los afligidos (1): derramar abundantes limosnas en los menesterosos (2): reprimir los abusos de autoridades subalternas, respetar las garantías del ciudadano, y estender una mirada paternal sobre todo el Perú? Pero el Perú debia ser aun desgraciado. En vano se promete largos dias de paz: en vano piensa reposar tranquilo á la sombra de un gobierno que todos los dias le da pruebas de padre. Una guerra imprevista, inevitable debia turbar su reposo. La-Mar desea cortarla: se interpone la mediacion de dos naciones: no hay remedio: el general colombiano señala la hora del combate y es preciso aceptarlo.

Las opiniones divergentes todavía en los verdaderos motivos de esa contienda, no ofrecen bastante luz para decidir. A la posteridad toca juzgarlos. El Perú pues se apresta para campaña. El gran mariscal La-Mar va á la cabeza de sus guerreros... ¡O tú velera navecilla que llevas en el héroe las esperanzas y el honor de la patria, ¡plegue al cielo le vuelvas á nuestras playas orlado con nuevos laureles y mas querido de sus soldados! Pero Jehová ha fulminado una palabra tremenda, inescrutable, adversa para el Perú. — ¿Duermes tranquilo, La-Mar? ¡Ah! tu frágil bagel surca por un mar borrascoso. Las malas pasiones, los intereses encontrados, la confusion de los derechos, el gérmen de anarquía, el espíritu de partido de que siempre adolece un pueblo al dar su paso de la esclavitud á la libertad; todos estos elementos de des-

D. D. Francisco Javier Luna Pizarro, entonces presidente de la comision del congreso, y hoy dignísimo arzobispo de esta arquidiócesis, dirigió al gran mariscal La-Mar á nombre de la representacion nacional

(1) En el terremoto de 30 de marzo de 1828 salió personalmente el general La-Mar á recorrer la ciudad, procurando remediar las desgracias de la poblacion.

(2) Personas fidedignas me han asegurado que La-Mar distribuia casi todo su sueldo en limosnas.

órden forman un mar preñado de tempestades : sus aguas se agitan, se hinchan, se chocan; ruge el aquilon, braman las olas enfurecidas; rios de espuma se cruzan y corren con la ligereza del relámpago, negras y cargadas nubes cubren el horizonte, montañas de agua se desploman sobre la débil barquilla, cruje, se abre, se hunde, desaparece : La-Mar, náufrago infeliz, es arrojado por las olas á lejanas playas; un pueblo estranjero le recibe en su infortunio... ¿Diré mas todavía? ¡Ah! Es cosa bien triste para el hijo de la patria profundizar las heridas nacionales : el honor de mi pueblo no me permite describir sus dolores.

El virtuoso La-Mar está bien lejos del Perú. Allí le siguen sus afectuosas miradas : allí contempla todavía sus relevantes virtudes y aprovecha de sus ejemplos. Una vida tan bella, y que habia llegado á la mitad de su carrera rodeada de tantos honores, parecia que debiera terminar apacible y tranquila en medio de su pueblo. No ha sido así, porque faltaba para su gloria sufrir los golpes de la adversidad, y dar pruebas de resignacion cristiana. Cuantos le han visto en el último declive de esa preciosa vida, les ha parecido mas igual, mas sereno, mas impersonal, mas perfecto; en una palabra, mas santamente inspirado en su piedad como en sus buenas obras. Cuanto mas se acerca á su término mas sus virtudes parecen elevarse y agrandarse... Él se ha dormido con dulce sueño, sin turbacion, sin angustias; y sus últimos votos han sido por la prosperidad del Perú.

El se ha fugado de la tierra, y solo Dios conoce á cuantas almas, á cuantas miserias humanas ha dejado de consolar por su ausencia. Él ha dejado un inmenso vacío para sus amigos, para aquellos á quienes ha hecho bien, para sus parientes, para cuantos le han conocido. Él deja sentir su falta á su querida patria, á Lima, al Perú, á la América entera, porque Dios no envia al mundo, sino de tiempo en tiempo, estas almas puras y elevadas.

El Perú le llora amargamente : mas de tres lustros de agitacion febril, de fuertes conmociones, no han sido bastantes para amortiguar su pena. Los siglos no seran capaces de estinguir el amor hácia el héroe que por tantos títulos lleva el nombre de libertador y de padre. Los escogidos del pueblo han pedido dos veces sus preciosos restos salvados por el cuidado y amor de una ilustre matrona, honor de su patria. El Hijo de la convencion, el esclarecido Orbegoso tan interesado en pagar un tributo al mérito y á la amistad, ha bajado á la tumba muy temprano sin ver este dia memorable. Sus providencias no pudieron realizarse, y esas almas amigas que tanto se amaron en la tierra se habran estrechado ya con los lazos mas fuertes en una region de luz y caridad.

Reservada estaba para vos, ilustre veterano, una tan grande dicha. Habeis llenado un alto deber : habeis satisfecho los votos del Perú y los vuestros. Como otro caudillo de Israel mandasteis buscar las cenizas de vuestro hermano en el gobierno. Desde hoy la fama llevará unidos el nombre de La-Mar y vuestro nombre; y despues de algunas generaciones se leerá sobre la tumba del *Justo*. — El GENERAL CASTILLA le erigió un sepulcro. — La patria os debe un nuevo recuerdo : esta patria que llora sobre los restos de su héroe; y que abrevada de dolor en este dia, alza una plegaria hasta el cielo y ofrece la sangre inmaculada de Jesús por el ama inmortal del escelentísimo gran mariscal don José de La-Mar, presidente del Perú, sobre cuya frente pura escribe con caractéres de luz el dedo del Eterno al darle asiento en su morada : ***Yo le levanté para la justicia, y dirigi sus pasos : él edificó mi pueblo y dió libertad á mis cautivos.***

PROSPECTO DE UN PERIÓDICO.

Neque imperiale est libertatem dicendi denegare; neque sacerdotale, quod sentiat, non dicere. Hoc interest inter bonos et malos principes, quod boni libertatem amant, servitutem improbi. Nil etiam in sacerdote tam periculosum apud Deum, tam turpe apud homines, quam quod sentiat, non libere denuntiare.

Ni es propio de un emperador denegar la libertad de hablar; ni del sacerdote no decir lo que siente. Hay esta diferencia entre los buenos y malos príncipes; que los buenos aman la libertad, y los perversos la servidumbre. Tampoco hay cosa mas peligrosa en un sacerdote para con Dios, ni tan torpe para con los hombres como el no decir sus sentimientos con franqueza. (SAN AMBROSIO *en la Epistola* 40 (*alias* 29) *al emperador Teodosio.*

Despues que á la nublosa noche, en que las tempestades políticas unas tras otras han tronado sobre nuestras cabezas, ha sucedido ya la serenidad de un dia bello y esplendente; y despues que roto el cetro del despotismo y acallado el es-